

LA NECESIDAD DE CREER EN EL SEÑOR.

Para poder comprender el título de este artículo, me gustaría empezar haciendo una diferencia entre dos tipos de personas:

1. Los que han creído en el Señor y tienen conciencia de todo lo que implica tener Su persona morando en el interior. Estos creyentes saben que se ha producido en ellos un nuevo nacimiento, es decir, la persona de Cristo morando en sus espíritus.
2. Los que creen que existe un Dios, saben y conocen de Él pero no les ha sucedido el milagro de tener una nueva creación en su ser, es decir, no han nacido de nuevo.

¿Cómo creemos nosotros en Dios?

¿Cree usted en Dios? Tal vez éste es el dilema más grande que tienen muchas personas. Muchos de los que creen en Dios lo hacen de una manera muy superficial, hay personas que creen en Dios como creer que Cristóbal Colón descubrió América, es decir, su pensamiento y su posición es: *“me informo, luego reflexiono en la información y finalmente decido creer”*. Si a estas personas les dicen: “Cristóbal Colón descubrió América”, lo creen; y si les dicen: *“Cristo fue crucificado hace dos mil años”*, también lo razonan y lo creen. De esta manera, hoy en día hay muchas personas que pueden estar convencidas que Jesús vino al mundo, y aún pueden estar convencidas del mensaje del Evangelio, sin embargo, no les ha sucedido el milagro de nacer de nuevo.

El apóstol Pedro dice estas sabias y hermosas palabras en una de sus cartas: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su gran misericordia, nos ha hecho nacer de nuevo a una esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos”*** (1 Pedro 1:3). El apóstol nos está hablando de un nuevo nacimiento, de algo que tiene que ver con la fe, obviamente esto es creer. En realidad el proceso del Nuevo Nacimiento arranca cuando creemos, pero esto es una obra que hace completa y directamente el Señor. Nadie se debe sentir incómodo por reconocer que en realidad no se ha convertido genuinamente al Señor; sería mejor, y más honesto tener tal conciencia, que andar deambulando en los lazos de la religión. Note usted que la experiencia del Nuevo Nacimiento es un asunto que radica en la obra de Dios y no en la fuerza inquisitiva del hombre.

Hay muchos que creen y aceptan el mensaje del Señor, pero son como una mujer estéril. En la Biblia vemos el caso de María, la madre de Jesús, una mujer que es figura de la experiencia que todos deberíamos tener, si de verdad nos hemos encontrado con el Señor. La mayoría de ustedes saben que la gran característica de María fue su virginidad, ella no había conocido varón, eso es lo que remarca La Escritura; con esta historia, el Espíritu Santo quería que notáramos que ella no tenía la facultad de poder producir un hijo de sí misma, a raíz de que nunca había estado con un varón. La Biblia relata que un ángel se le apareció a María y le dijo: ***“No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. Y he aquí, concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús... El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso lo santo que nacerá será llamado Hijo de Dios”*** (Lucas 1: 30, 31, 35); así fue como María quedó encinta de Jesús. El Señor quería mostrarnos qué es lo que habría de pasar con todos los que creyeran a la manera de María.

Podemos decir, entonces, que una gran mayoría creen por convencimiento; otros hemos creído porque nos activaron el espíritu y recibimos el nuevo nacimiento como una experiencia. Le pregunto: ¿En cuál de estos dos grupos se ubica usted?. Para que pueda responder esta pregunta, permítame ahondar un poco más, pues, no es propiamente el “fiel” que asiste a una Iglesia el que ha nacido de nuevo, ni tampoco un infiel es alguien que no ha nacido de nuevo. No podemos clasificar a alguien que nació de nuevo por lo que vemos en su exterioridad, ni tampoco podemos juzgar a aquel que vive una vida muy inmoral como un incrédulo. Es seguro que un día Dios nos juzgará a todos por nuestras obras, sean buenas o malas, pero este asunto del que le estoy hablando no se define por obras. El nuevo nacimiento es un asunto de ser, o no ser, hijos de Dios a través de una experiencia en la cual el Señor llega a nosotros y nos hace nacer de nuevo.

Talvez alguien se haga la pregunta: ¿Cómo puedo saber de qué grupo soy?. Yo le contesto con lo que dice *Romanos 8:16* **“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”**. Permítame ponerle un ejemplo sencillo: ¿Usted está convencido de que es hijo legítimo de sus padres? Seguramente me dirá que sí. Ahora, le hago otra pregunta: ¿Dejó de ser hijo usted el día que le robó el vuelto a su mamá?, ¿Dejó de ser hijo alguna vez por portarse mal en casa?, Obviamente que ¡No! Este ejemplo nos explica que portarnos bien o mal, no influye en el hecho de haber sido engendrados como hijos. Igualmente es en el plano espiritual, lo que Dios hace cuando nos engendra no tiene nada que ver con la manera en la que nosotros le responderemos. algunos responden a Su santidad, con devoción, con fidelidad, con servicio, etc. pero otros viven una vida miserable, inmoral, sucia y apartada de Dios; pero no por eso dejan de ser hijos.

Cada quien tendrá que juzgarse en su interior si es, o no es, un hijo de Dios; el espíritu le dará testimonio a cada quien. Usted no dependa del testimonio exterior, o de lo que diga la gente; usted escuche dicho testimonio en el interior. Lo que necesitamos para ser hijos de Dios es tener una fe que haya provocado una realidad de toda la obra de Cristo a favor de nosotros.

Yo podría cambiar muchas cosas en el Señor, de hecho en mi vida cristiana he cambiado muchas doctrinas y maneras de pensar. Yo empecé creyendo muchas cosas de la religión que ahora ya no comparto, he ido evolucionando, pero jamás la experiencia que alguna vez llegué a tener con Dios ha cambiado, eso siempre ha permanecido en mí hasta ahora. Yo creo que ésta no debe ser solamente mi experiencia, sino la de todos aquellos que son verdaderos Hijos de Dios. Un verdadero hijo de Dios no puede dejar de creer en Dios.

Si alguien tambalea en su fe hay dos posibilidades: 1) Jamás ha sido un verdadero cristiano. 2) No es la fe la que le está faltando, sino volver a la comunión con Dios.

Cuando nosotros nos convertimos al Señor, Él nos regala la fe con la cual creemos, esa fe nos salva, nos regenera y nos hace nacer de nuevo. Esta fe dada por Dios, es por la cual debemos vivir. El apóstol Pablo dice en *Romanos 1:17* **“el justo por la fe vivirá”**, La fe nos sirve a todo hijo del Señor, no sólo para ser vivificados, sino para vivir por ella. La verdadera fe no es aquella de la que muchos dicen: *“yo creo en Dios para que se me quiten los males y que todo sea diferente”*, la verdadera fe es la que trae reposo y paz a nuestra vida interior. Muchos quieren creer para que Dios les solucione los problemas que cargan, pero lo que una genuina fe produce en el hombre es un descanso, un no hacer nada.

Cuando de verdad creemos en el Señor, entonces, volvemos a retomar el camino de la fe. Si tenemos fe, cuando vengan los problemas, ni siquiera tendremos que pedirle a Dios que los arregle; lo único que tenemos que hacer en todo tiempo es creer porque eso satisface nuestro ser interior, creer le da paz y reposo a nuestra alma. La necesidad que tenemos de creer en el Señor no es para que el mundo se arregle, sino para tener contacto con Él, y así tener descanso de este mundo, de los afanes, de las riquezas, etc.

¡Amén!